

Still
with
him

LILY DEL PILAR

*Still
with
him*

CROSS
BOOKS

Este libro no podrá ser reproducido, total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2024, Lily Ibarra

Derechos exclusivos de edición

© 2024, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8º piso, Providencia, Santiago de Chile

Ilustración de portada: Daniela de la Fuente Inostroza @calicocat_art

1ª edición: junio de 2024

ISBN: 978-956-6145-79-0

RPI: 2024-A-3701

Impreso en:

Eres más que la crianza defectuosa de tus padres.

1

Había una librería ubicada frente al hospital donde trabajaba Yoon Jaebyu. Él no tenía la costumbre de visitarla, a excepción de las instancias en donde le obligaban a abandonar sus funciones en Emergencias tras un caso difícil, lo que había acontecido aquella mañana. Todavía con el olor a flores haciéndole cosquillas en la nariz, ingresó en el local. Era pequeño, un rectángulo que se alargaba varios metros hacia el fondo. Tenía una serie de estanterías repartidas en fila y, como novedad del mes, justo en al escaparate central se presentaba una serie de libros con cubiertas de variados colores.

Se acercó.

Una novela de color apagado que contrastaba con el resto llamó su atención. Tenía un chico sin expresión dibujado en la portada. Lo agarró y leyó el título.

Almendra

Como la contraportada únicamente contenía reseñas de otros autores y periodistas, buscó el título en Naver. Una descripción del libro le llamó la atención:

«¿Cómo lloran las personas que no pueden sentir nada?».

Depende, se dijo Jaebyu, si la persona es incapaz de hacerlo por falta de empatía o por problemas en su amígdala.

Si era por lo primero, se trataba principalmente de un tema de crianza, ya que la empatía se gestaba en la niñez. De no enseñársele aquello en sus primeros años, el niño se deshumanizaba, lo que implicaba una despersonalización, un cerebro fraccionado que, a la larga, terminaría creando un adulto incapaz de llorar. Por tanto, el estrés crónico que generaba la negligencia de los

cuidadores podría resultar en un niño con mayor sensibilidad al estrés y una respuesta emocional más alterada y desmedida.

En cuanto a la amígdala, esta se componía por dos estructuras: una en cada hemisferio del cerebro. Su principal función iba ligada a procesar y almacenar reacciones emocionales. Era, por tanto, la encargada de recibir las señales de peligro potencial y de desarrollar una serie de reacciones que ayudaban a la autoprotección. Al ser la encargada de enviarle señales al cerebro cuando se recibían estímulos del exterior, podía ser moldeada por factores ambientales, tal como lo sería la crianza y el comportamiento social en su entorno más próximo.

Una amígdala más grande significaba una mayor sensibilidad y reactividad emocional, lo que podía generar una persona más propensa a experimentar respuestas emocionales intensas ante estímulos amenazantes o estresantes. El tamaño influía en su conectividad con otras regiones cerebrales ligadas a la regulación emocional, que amplificaban la emoción y, por ende, el sujeto tenía una mayor dificultad para la regulación y, además, una tendencia a experimentar emociones más intensas y duraderas.

Por otro lado, si se contaba con una amígdala demasiado pequeña, esa persona también sería incapaz de llorar, de sentir algo, lo que sea, al punto de tener que actuar sus emociones al ser incapaz de tenerlas.

Esa novela, sin duda, era interesante.

La compró y se pasó los siguientes días leyéndola. El personaje principal era un chico de nombre Yunjae, quien no podía sentir emociones debido a un problema en su amígdala.

Cuando Jaebyu cursaba su primer año de residencia en aquel hospital, se realizó una tomografía computarizada. En el resultado se le indicó que tenía una amígdala increíblemente corriente. Su falta de sentimientos, entonces, nada tenía que ver con su almendra.

¿Eso lo convertía en un monstruo? Esperaba que no.

Los monstruos no eran bonitos.

Los monstruos eran monstruos.

Pensaba en otra clase de monstruos cuando abrió los ojos horas más tarde en aquel fatal día. Se encontraba en la sala de descanso de Emergencias, porque estaba trabajando al recibir la noticia. Lo habían cubierto con unas mantas y sentía un peso pequeño sobre las piernas, como si alguien estuviera recostado sobre ellas.

—¿Querido? —preguntó con voz rasposa.

En lo que duraba un chasquido, la realidad lo envolvió y su prometido, Lee Minki, desapareció de su mente. Quien se ubicaba a su lado era Kim Somi, compañera y amiga. La decepción era densa en su pecho, mientras observaba aquel rostro femenino que no se asemejaba en lo más mínimo a la cara que llevaba años amando. La enfermera tenía los ojos enrojecidos y los párpados irritados como si hubiera pasado horas llorando.

—*Oppa* —la escuchó susurrar. Su mirada se humedeció—. Lo siento mucho.

El corazón le dolió como si un elemento cortopunzante se hubiera hundido en él hasta la empuñadura. Recordó por qué estaba en aquella cama estrecha de descanso, también la razón del por qué Lee Minki no se hallaba con él.

Entumecido, se dejó caer contra la almohada y tiró de las mantas para cubrirse el pecho. Su mirada se perdió en la cama de arriba, contó a lo menos en seis oportunidades las tablas de la litera.

—¿Jaebyu? —insistió su amiga.

Se limitó a negar con la cabeza para pedirle que no siguiera. Un largo instante después, se escuchó preguntando algo que no planeó hacer:

—¿Minki?

La enfermera contestó ansiosa, sus palabras se enredaban al hablar de forma atropellada.

—Todavía no sabemos nada, pero... —el resto de su respuesta se esfumó para continuar tras un salto dudoso—. ¿Estás...? No, por supuesto que no estás bien. Qué pregunta más tonta, lo siento mucho —apuntó hacia afuera—. Puedo inyectarte algo... para que sigas durmiendo.

Volteó su barbilla hacia ella.

—¿Los mellizos? ¿Dónde están mis hijos?

Ella se rascó el borde de la mandíbula, estaba claro que su excelente profesionalismo se había esfumado en ese mar de intranquilidad. Tanto en la universidad como en el trabajo se les enseñaba a carecer de sentimientos cuando se trataba de un paciente, nunca nadie los preparaba para saber qué hacer cuando uno de ellos se convertía en la víctima.

—Están con el doctor Jong Sehun.

Acto seguido, Somi se colocó de pie y fue hacia la puerta, sus movimientos torpes e inseguros.

—Te traeré algo para beber —dijo, en tono diminuto.

Asintió con los ojos cerrados. Captó sus pasos que se alejaban hacia la puerta, la manilla y finalmente el silencio.

Quedó flotando en el vacío, en esa nada que se sentía como un abrumador e imponente todo. Sus ojos secos, su pecho una cáscara quebradiza. ¿Por qué no podía llorar?

Si Lee Minki no estaba a su lado, Yoon Jaebyu olvidaba cómo hacerlo.